

HACER EL BIEN

Matt Sumell

Traducción de Ismael Attrache



TURNER

*Este libro está dedicado a mi padre, Albert,
que me enseñó a navegar.*

Puñetazos a Jackie

La cosa es que a ella le parecía que las ollas y las sartenes no había que meterlas en el lavavajillas, así que le señalé que en el lavavajillas hay un botón para las ollas y las sartenes, fíjate, lo tienes justo ahí, abre los ojos, coño. Pero a ella eso no le hizo mucha gracia y empezó con el rollo ese de que soy un fracasado, de que voy sin rumbo por la vida y todo eso, que normalmente no me saca de quicio aunque puede que sea verdad, y además, como me lo estaba diciendo una persona que se supone que me quiere y a la que se supone que yo quiero y todas esas chorradas... Bueno, la verdad es que la he admirado toda la vida, para mí ha sido como un hermano mayor, pero en chica.

En cualquier caso, seguramente no lo decía en serio, aunque a lo mejor un poco sí, porque lo que en realidad pretendía era darme donde más me dolía, y yo mentiría si dijera que no he hecho lo mismo en otras discusiones que he tenido. La otra noche, sin ir más lejos, estaba en un bar y una chica se puso antipática con mi amigo James, que es muy simpático, y yo le dije «jo, qué feo». Cuando ella me preguntó «¿qué es feo?», le contesté «tu cara. Déjanos en paz». No era verdad que fuese fea, pero estaba convencido de que eso la iba a ofender, y acerté. Supe que había

acertado porque la chica se puso a llorar y me dijo que era un cabrón y un gilipollas, aunque tal como lo soltó dio más bien la impresión de que había dicho «un cabrompollas», y luego me hizo el gesto de levantar el dedo corazón y se marchó al baño de chicas supertambaleante, por culpa de los tacones.

Ya que estamos con este tema, me pasa también lo mismo con todos los comentarios de tintes raciales que salen de mi boca: cuando no los suelto para dármelas de gracioso, los digo únicamente para hacer daño. Por ejemplo, una vez vi a un asiático que cruzaba de lo más lento un paso de cebra, bajé la ventanilla y le dije «oye, date un poco de prisita, ninja de mierda. Tengo cosas que hacer, por si no lo sabías». Lo de «ninja de mierda» no iba en serio, pero el tío me estaba tocando los huevos, así que yo quería tocárselos a él. Sé que en ese caso jugué con la susceptibilidad racial, que, si se le quita el adjetivo, es exactamente igual que todas las susceptibilidades: es muy fácil explotarla. Nadie la utiliza con sinceridad, sino con mala uva, que es justo lo que sospecho que mi hermana hacía cuando me llamó fracasado, aunque a lo mejor un poco en serio sí que lo dijo. No estoy seguro.

En cualquier caso, sus palabras me molestaron, y cerré la nevera de un portazo tan fuerte que volvió a abrirse de golpe y el cartón de leche explotó; me di la vuelta y le dije que cerrara el pico, porque si no le iba a arrancar el bigote de un puñetazo y contemplarlo mientras cruzaba volando la cocina, como si fuera un bicho peludo. Luego moví los brazos hacia arriba y hacia abajo haciendo que volaba, como un bicho, como su bigote. Sé que en ese momento me pasé de la raya, pero espero que haya gente capaz de valorar hasta qué punto tuve que frenarme para

no darme la vuelta sin más y soltarle un guantazo. Como soy consciente de que habrá gente a la que le cueste valorarlo, voy a recurrir a una analogía guay: mi mal genio es como una inclemente oleada de armamento, y mi yo es como el dique que contiene esa inclemente oleada de armamento para que no deje arrasada la población o a la persona más cercana, en este caso mi hermana. Aunque a veces esa oleada de armamento es demasiado grande o demasiado potente o demasiado lo que sea, y algunas armas se cuelan por una grieta o saltan por encima del muro o por donde pueden. Es una pena, desde luego, pero ¿no merezco al menos cierto reconocimiento por frenar el noventa y nueve por ciento de toda esa ola de armamento con la que podría haberla dejado hecha una mierda si yo no fuera una buena persona|yo|dique? Y lo más importante es que ella se estaba burlando del yo|dique, consiguiendo que se viniera abajo, por decirlo de algún modo. Así que, en cierto sentido, estaba saboteándome, como cualquier puto saboteador. Puta, asquerosa, inútil saboteadora que no lava las ollas y que tiene caspa. Adonde quiero llegar es a lo siguiente: ¿acaso ella no se había pasado de la raya antes, en algunas cosas? Yo creo que sí; ése es el número 1 de mi lista de siete motivos por los que estaba justificado que le diera un puñetazo en las tetas a mi hermana.

1. Empezó ella. Sé que es un argumento infantil, lo que me lleva al motivo 2, pero...
2. Cuando unos hermanos adultos vuelven unos días a la casa en que pasaron su infancia y adolescencia, es frecuente que sufran una regresión y se comporten como niños.

3. La condición de hermana se antepone a la condición de chica. Las hermanas no cuentan como chicas.
4. La producción de testosterona guarda una relación directa con la agresividad y fluctúa en respuesta a situaciones competitivas, tales como un partido de tenis o discusiones sobre lavavajillas o cambios en la percepción del estatus propio dentro de una jerarquía social, como por ejemplo la jerarquía entre hermanos, o la jerarquía a la hora de tomar decisiones relativas al lavavajillas, o la más *peligrosa* jerarquía relacionada con los bigotes, (donde ella lleva todas las de ganar). Cuando se me falta el respeto, se produce una reacción biológica en el interior de mis pelotas, que segregan más cantidad de esa sustancia, que segrega más agresividad. Por mucho que lo intente, es algo que no puedo controlar. Reconozco que este argumento puede considerarse endeble, pero tiene la misma lógica que comportarse como una gilipollas y luego echarle la culpa al síndrome premenstrual.
5. La violencia brinda cierta claridad. En la violencia no hay nada retórico ni impreciso, solo significa lo que significa, y ese significado, si me viera obligado a traducirlo, vendría a ser, aproximadamente: «Ahora me caes mal, pero que muy mal». Una traducción menos aproximada dependerá de los casos particulares, lógicamente, y teniendo en cuenta este particular caso particular, yo lo expresaría del siguiente modo: «Que estés insultándome, aparte de que seas más inteligente, más serena, más triunfadora, de que no se te haya caído ni un solo pelo, de que tengas un apartamento y un trabajo que de hecho te gusta, me produce tantísima frustración que te voy a dominar físicamente porque ése es el único ámbito de la vida en el que creo que te llevo ventaja». De todas formas,

lo traduzcas como lo traduzcas, tampoco es algo tan cruel ni que dure tanto. Según mi experiencia, el dolor físico es más transitorio que el emocional. Las palabras, por otro lado, pueden causar un daño permanente. No hay forma de retirarlas. En realidad no se puede.

6. En cierta ocasión le di varios puñetazos en la cara a un novio de mi hermana porque ella me dijo que le había pegado. Años después me confesó que se lo había inventado porque estaba muy enfadada con él. El chico se murió en un accidente de tráfico antes de que yo pudiera pedirle perdón. En otra ocasión, en un bar, un gilipollas se puso a decirle gilipolleces a mi hermana, y yo le pedí que dejara de hacer el memo. Él me hizo bastante caso, pero mientras yo volvía a la mesa ella se me acercó corriendo y dijo «fulanita cree que te faltan cojones para soltarle un guantazo». Yo era más joven (más imbécil), estaba borracho (lo que me hacía aún más imbécil) y tenía un sentido perruno de la lealtad, cosas de las que ella era consciente, por lo que estoy seguro de que adivinó que mi reacción consistiría en soltar algo del tipo «ah, ¡así que ésas tenemos!», que fue lo que hice. Me di la vuelta, regresé adonde estaba el tío ese, le di un golpecito en el hombro, le solté un puñetazo en el oído, etcétera. Eso equivale a dos de los aproximadamente cuarenta episodios de violencia en los que me he visto implicado a lo largo de mi vida incitado de un modo u otro por ella, lo cual representa, si mis cálculos son correctos, en torno a un cinco por ciento. Lo que yo me pregunto es: ¿cómo es posible que una persona que se ha aprovechado en más de una ocasión de lo que yo considero mi buena fe de hermano después se queje cuando se le dirigen a ella esas atenciones? Eso es algo que está mal desde muchos puntos de vista.

7. Literalmente, mi hermana estaba pidiéndolo a gritos. Después de que la amenazara se me puso delante y me gritó «¿crees que haciendo esto eres más hombre, eh? ¿Me vas a pegar, grandullón? Pues venga, joder, pégame. Pégame. Pégame. Pégame, cabronazo de mierda».

–Tengo muchas ganas –dije–. Muchísimas.

–Pues entonces hazlo, pedazo de gilipollas. Eres un puto fracasado de treinta años, joder, y ¿sabes qué más, puto fracasado de treinta años? Mamá no se equivocaba al hablar de ti: eres un gilipollas y un maltratador.

Ese comentario hacía referencia a cuando nuestra madre estaba a punto de morir y nos pidió que fuéramos entrando uno por uno en su habitación del hospital para mantener una última conversación íntima: la última ocasión de decirle lo que quisiéramos decirle. Primero llamó a mi hermana; mi hermano y yo nos quedamos en el pasillo hablando en voz baja de Jennifer, una de las enfermeras. Yo le confesé a mi hermano que era tan guapa que quería verla desnuda y después meterle la polla. Con unas palabras parecidas, él dijo que quería hacer lo mismo, pero yo le contesté que había llegado primero y él respondió que no, así que nos pusimos a discutir sobre el tema. Después de pasarnos así unos diez minutos salió mi hermana con bastante cara de disgusto, de modo que nos acercamos a ella e intentamos por todos los medios, que eran escasos, consolarla; luego le preguntamos cómo había ido la cosa. Nos dijo que lo que habían hablado era privado, pero que en general no se habían dicho nada especial, básicamente se habían repetido que se querían y que se perdonaban y al final se habían despedido en plan emotivo.

–Esto no tiene buena pinta –dije–. Creo que voy a

follarme a Jennifer sin condón para poder aguantarlo. –Mientras me dirigía a la puerta volví la cabeza, miré a mi hermano y añadí–: Seguramente tendré que chuparle las tetorras...

–Ahora mamá quiere hablar con A. J. –dijo mi hermana.

–... así que se las comeré. ¿Cómo?

–Que ahora mamá quiere hablar con A. J. –repitió.

–Ah, no pasa nada –mentí.

Después de que A. J. y yo nos dirigiéramos unos gestos exagerados e histriónicos, él entró en la habitación y una vez dentro cerró la puerta. Evidentemente, aquello me había molestado un poco, porque yo había supuesto, creo que igual que todos, que como a Jackie la había llamado la primera la cosa iba a ir por orden de nacimiento, lo que implicaba que yo iba a ser el segundo, si teníamos en cuenta que había sido el segundo en salir de nuestra madre, algo que había hecho como hay que hacerlo, por cierto, con la cabeza por delante. Así que cuando pasó al siguiente hermano en vez de llamarme a mí, aquello me escoció. Pero bueno, soy adulto, bebo café y esas cosas; a veces incluso soy capaz de comportarme con cierta elegancia. Y eso fue lo que hice. Esperé en silencio en el pasillo, junto a mi hermana; después esperé también en silencio junto a las máquinas de refrescos, al lado de un hispano que llevaba unos pantalones de chándal rojos de los Rangers y unos tubos metidos por la nariz; luego esperé en el baño, ya de forma menos silenciosa, y a continuación otra vez en silencio con mi hermana. Cuando al fin salió A. J. fui el primero que le puso las manos en los hombros para animarlo, el primero que movió la cabeza en plan comprensivo mientras le decía cosas como

«qué chungo, ¿eh?», y «qué duro es esto», «lo sé», y «bueno, bueno...».

–Ahora mismo no quiere hablar contigo –me soltó mi hermano.

–Anda ya.

–De verdad. Me ha dicho que está demasiado cansada.

–Entonces ¿cuándo va a querer hablar conmigo?

–Yo qué sé, tío, igual mañana.

Pensé que a lo mejor la cosa iba de coña, pero después de insistirle a lo bestia para que me lo aclarase acabé aceptando lo que pasaba.

Mi madre siguió demasiado cansada para hablar conmigo durante varios días, y en líneas generales creo que lo llevé de forma comprensiva, paciente y madura, si exceptuamos un incidente en el Wharf, cuando le di el puñetazo a la hamburguesa de un tío.

Al tercer día a mi madre le entraron ganas de hablar conmigo.

–Por favor, no llores, que si no no terminaremos nunca –me pidió–. Por favor. Mejor nos limitamos a decirnos lo que queremos decirnos, ¿vale?

–Vale –contesté llorando.

–Vale –dijo ella.

–¿Empiezo yo?

Cerró los ojos y contestó que sí con la cabeza.

–Bueno –accedí–. ¿Y en estos casos qué hay que decir?

–Lo que creas que tienes que decir.

–Bueno –repetí–. En realidad tampoco es que me haya molestado demasiado el detalle, pero no tenía mucho sentido que le pidieras a A. J. que pasara antes que yo, por ser yo el mediano y A. J. el último, y además nacido por

cesárea, así que... y luego he tenido que esperar tanto que he acabado poniéndome nervioso, pensando que a lo mejor nunca llegaríamos a hablar, y le he dado un puñetazo a un dispensador de toallas de papel y otro a un tío en el restaurante y... ¿Te has dormido?

–No.

Pero los ojos no los abría.

–¿Y?

–No sé por qué lo has hecho –respondió–. ¿Hay algo más que quieras decirme?

–Esto... pues que te quiero, creo...

Entonces me puse a sollozar.

–¿Nada más? –preguntó.

–No, nada más.

Pellizcó la sábana con los dedos índice y pulgar y después la soltó.

–Entonces ¿no tienes quejas sobre mi papel de madre ni nada de eso?

–No. Has sido muy buena madre. No podría haber deseado nada mejor. Tuve una infancia genial.

Ella esbozó un gesto de comprensión y me apretó la mano.

–Muy bien –añadió–. Pero bueno, hay una cosa de la que me gustaría hablar contigo.

–Vale. ¿De qué?

–De la vez aquella en que me tiraste un libro. Habías venido de la universidad y estabas pasando unos días en casa; te enfadaste mucho conmigo por no sé qué y me tiraste un libro a la cabeza.

Yo no recordaba aquello en absoluto. Pensé que a lo mejor la culpa de esas palabras la tenían los analgésicos.

–¿Y te llegó a dar? –le pregunté.

–No. Lo esquivé y dio contra la pared.

–Jo, la verdad es que no me acuerdo. –Nos quedamos mirándonos unos instantes–. En serio –insistí mientras negaba con la cabeza–. No lo recuerdo.

–Pues yo sí. Y te lo comento porque no quiero que nunca más vuelvas a ponerte agresivo con una mujer, jamás. A las mujeres no puedes maltratarlas, Alby. Tienes que prometerme que no vas a hacerlo.

–Vale. Te lo prometo.

–¿El qué, prometes?

–Prometo que no voy a ponerme agresivo con las mujeres.

–Nunca –insistió.

–Nunca –repetí–. No voy a ponerme agresivo con las mujeres nunca.

–Muy bien –contestó mientras me acariciaba un poco la mano, le daba unos golpecitos y un pellizco.

Entonces me dijo que estaba cansada y me pidió que me marchase. Me levanté, le di un beso en la frente y me dirigí a la puerta.

–La verdad es que no me acuerdo de eso.

–Te creo –afirmó–. Ahora vete. Y apaga la luz, por favor.

–Vale –dije, y apreté el interruptor.

Nada más cerrar la puerta me acerqué corriendo adonde estaban mi hermano y mi hermana y se lo conté todo; luego les pregunté si ellos recordaban que alguien hubiera mencionado ese incidente. Mi hermana contestó que no, pero añadió que le parecía algo muy propio de mí, y yo le dije que se callara la puta boca.

Mi hermano comentó que la cosa le sonaba de algo, que le parecía recordar que en algún momento nuestra madre se lo había contado por teléfono. Le pedí que me

diera más detalles, en ese momento y en muchos otros posteriores, pero lo único que añadió al respecto (años después, mientras nos tomábamos unas cervezas y una botella de bourbon, después de que yo insistiera a saco) fue que él se lo había creído porque en esa época yo estaba en el punto culminante de mi etapa de cabronazo. Entonces hizo una pausa, apartó la mirada y aclaró: «El primer punto culminante».

Nuestra madre murió poco después, y tras pasarme años estrujándome el cerebro, al final acabó viniéndome a la mente un vago recuerdo del incidente. Nada muy definido, solo que yo estaba sentado delante de la mesa de la cocina, que tenía un libro al alcance de la mano, que ella estaba enfrente y que los dos gritábamos. Nada más. Claro que aquello podía haber pasado una de las muchas veces que nos habíamos gritado en la cocina, o podía ser una auténtica fantasía, algo que había soñado, llevado por toda la situación. De todas formas, fuera una cosa o fuera la otra, me lo creo. Me creo que llegara a tirarle el libro. Tiene que haber pasado.

Y ahora mi hermana lo estaba utilizando en mi contra, porque suponía, y suponía bien, que eso me iba a doler. La mejor réplica que se me ocurrió soltarle fue «a ver si aprendes a poner un lavavajillas, mongola». Ella esbozó una sonrisilla burlona y asintió con la cabeza.

—Ah, otra cosa —añadí—, ya vale de dejar en el lavabo las puntas abiertas de tu pelo de bollera cuando te las cortas, porque es asqueroso, joder, y tu caspa también lo es. Deberías probar el T/Gel, porque el vinagre de sidra no te está funcionando, hippy de mierda, que eres una mamarracha. Y de paso deja de tirar a la papelera del baño el papel higiénico lleno de sangre con el que te has

limpiado las piernas asquerosas después de depilárte-las, porque la puta Chispas huele la sangre, coño, y luego vuelca la puta papelera y se come el papel de mierda. ¿Vale? Y a nadie le apetece meterse en el baño y ver papel higiénico lleno de sangre en la puta papelera, joder. Así que vete a tomar por culo.

Mi hermana me soltó unos cuantos insultos más, y yo me burlé de ella con mi voz de burla. Le dije:

–Ésta eres tú: «Estoy demasiado ocupada creando obras de arte para tener consideración con los demás y recoger lo que voy ensuciando, así que me dedicaré a cubrir todas las superficies lisas con mis cochinas para que los demás no puedan comer en la mesa sin tener que quitar mis cochinas. Además, soy una lerda y una gilipollas». Sí, hablo de ti, lerda gilipollas.

Cuando le dije eso empezó a darme empujones para echarme de la cocina mientras aullaba «¡fuera! ¡Fuera! ¡Lárgate, coño!». Y no bromeo cuando digo que es muy fuerte y que casi consiguió sacarme de allí, aunque yo no estaba oponiendo demasiada resistencia, estaba a punto de marcharme voluntariamente; pero entonces pensé «no, que se vaya ella». Y mientras seguía empujándome, le agarré la camisa, y lo que pasó, sinceramente, es que soy más fuerte de lo que me pienso, porque ella salió casi volando por los aires y aterrizó de espaldas en el suelo. Los dos nos quedamos a cuadros, seguramente yo más que ella. Pero ella se levantó enseguida, embistió contra mí y empezó a darme puñetazos a diestro y siniestro –hay que añadir esto a la lista: 8. Ella me pegó primero–, aunque tampoco con eso consiguió gran cosa, solo que yo retrocediera unos centímetros y me adentrara algo más en la cocina. Al fin paró para examinar los daños y yo le dedi-

qué una gran sonrisa. Ella volvió a embestir contra mí, moviendo los brazos de un lado a otro como una loca; rechacé todos los golpes que pude y me la quité de encima de un empujón. Cuando se abalanzó sobre mí por tercera vez, le di un puñetazo de potencia media en el centro del pecho que le pasó más o menos rozando la teta derecha y acabó dándole de lleno en la izquierda y lanzándola hacia la puerta del lavavajillas, que quedaba a sus espaldas y en el que todavía había mucho espacio vacío para meter ollas y sartenes. Sin embargo, sí había unos cuantos cubiertos en la cosa esa donde se ponen los cubiertos, y entre ellos había un cuchillo en el que quedaban unos restos de queso para untar, creo, y que ella cogió mientras se levantaba. Yo me di la vuelta y eché a correr. Acababa de salir fuera cuando oí que el cuchillo se estrellaba contra la parte de atrás de la puerta trasera.

Estuvimos evitándonos durante el resto de la noche y casi todo el día siguiente, hasta que nuestro padre volvió del trabajo puestísimo de Rubifen y comportándose como un imbécil, una situación cuyos detalles no recuerdo y que tampoco importan. Lo que sí importa es que el sufrimiento compartido puede generar una sensación de solidaridad, quizá falsa, indudablemente temporal, así que formamos una piña y nos enfrentamos a él hasta que acabó huyendo, subiendo las escaleras y metiéndose en su cuarto para hacer un sudoku o jugar a alguna gilipollez en su ordenador. Mi hermana y yo nos pasamos las horas siguientes en torno a la mesa de la cocina, echándonos al coleteo todo el alcohol que quedaba en casa, jurándonos lealtad, prometiéndonos que no volvería a pasar, que lo sentíamos, que lo sentíamos. Lo sentíamos muchísimo.